

Érase una vez, en un lejano país, un camión de transporte de vehículos. Era muy, muy largo, de color negro brillante, con relucientes cromados en las defensas delanteras y traseras, varios juegos de faros y pilotos relucientes. El motor le rugía a ratos con gran ferocidad y en otros ronroneaba suave como un gato casero. Su claxon era sonoro y tenía varios timbres; unos eran solemnes como toques de campana, otros eran impertinentes como el silbato de un árbitro de fútbol, otros eran cantarines como la voz de una jovencita que entona melodías según saca agua del pozo. El gran camión los usaba a voluntad bien para intimidar, bien para seducir.

Elegante en su negrura y su brillo, era capaz de llevar en su doble bandeja a una docena de vehículos medianos y pequeños. Allí en lo alto los cargaba sin esfuerzo ni simpatía y los trasladaba por todas las carreteras del país. El progreso no había llegado aún de forma definitiva a aquel lugar y las carreteras eran simples, sólo de dos carriles y en muchos lugares carecían de arcén. El gran armatoste, cargado con todos sus parásitos, transitaba impidiendo los adelantamientos de otros vehículos, quienes pacientemente lo seguían en las cuestas formando largas filas. Ningún otro automóvil se atrevía a adelantarlo o a hacerle una jugada, rebasándolo en una curva o en una bajada, por temor a su furioso claxon y a su enorme tamaño y peso.

Un día, un ministro de Obras Públicas decidió que lo mejor para el país era hacer carreteras de doble carril y a esa tarea se puso con entusiasmo. Las obras crecieron por doquier y el enorme camión estaba muy contento, porque con tanto bache y desvío, todavía se hacía más imposible adelantarlo.

Un día que caminaba con su pesado ritmo, haciendo rugir su potente motor, de pronto se vio ante dos carriles y los pequeños vehículos que pacientemente seguían su marcha sin osar moverse a otro paso, empezaron a adelantarlo por el carril izquierdo. El camión, enojado, perdió el control en un ataque de ira y se despeñó por un enorme terraplén. Fue justo en el kilómetro siete de la nueva autovía. Un vehículo tímido que lo había seguido hasta entonces, sin atreverse a adelantarlo, pudo contemplar como el enorme y reluciente camión con toda su carga se despeñaba por allí. Asustado, se detuvo y mientras pensaba en el modo de auxiliar al camión y dudando en si debía llamar a los agentes de tránsito, vio como este había caído a un basurero. Los vehículos que transportaba se hicieron chatarra en el mismo instante y toda aquella fuerza y potencia sin usar se convirtió en un amasijo de hierros. Por su parte, el gran camión

negro y reluciente, según se despeñaba por entre escombros de toda clase, poco a poco y como por arte de magia, perdía su condición de aparato inmenso, brillante, negro y poderoso y se transformaba en un volquete polvoriento, de esos que llevan basuras a los vertederos.

El pequeño vehículo que se había detenido al borde de la carretera, se frotó los faros como quien sale de un mal sueño. Vio que nada podía hacer, se puso en marcha y prosiguió su camino, teniendo ante sí una hermosa autovía de dos carriles que se perdía en el horizonte.

Moraleja

Hay muchas personas que aparentan gran fuerza, pero ella sólo estriba en arrastrar a otros más débiles, impidiéndoles rodar por su cuenta. Cuando perciben que algunos no se dejan llevar, se despeñan en medio de su furia, y aquellos a los que arrastraban se convierten en inservibles, pues nunca habían caminado solos. Sin embargo, con ello, dejan el camino expedito a los que, tímidos, nunca osaron desafiarlos, pero hicieron su camino, mejor o peor, en libertad.